



La Pipa del Editor

I

En el centenario del poeta

Hernando Garcés Uribe

Tiza, copa y poesía



Sala Antioquia. Una mañana de septiembre de 1987. Miguel Escobar y yo nos ocupábamos con entusiasmo en desembalar una nueva adquisición bibliográfica para una sección de la Piloto que daba sus primeros pasos: hacía apenas dos años y medio que se había constituido la Sala Antioquia. De pronto lo vimos en el umbral de la entrada de la segunda sede que tuvo la Sala en el viejo edificio. A la espera de que lo invitáramos a seguir, como una discreta aparición fantasmal acostumbrada a las buenas maneras.

Su atuendo no era el que le recordaba cuando fui muchacho en las calles de Envigado: vestía camisa azul clara de manga larga, abotonada chaqueta azul oscura de lana, y un incierto número de años muy por encima, eso sí, de los 65 que portaba.

Miguel no lo conocía. Yo sí, y de hacía mucho. Para mí fue la sorpresa por completo inesperada que transformó un día ya sobresaliente por aquel volumen considerable de libros que enriquecía, y no de cualquiera manera, los fondos de esa nueva área de la Piloto (el Álbum Ilustrado de Autógrafos de Rafael Mesa, encontrado en el fondo de una caja de cartón sepultado bajo unos veinte ejemplares o más de la revista *Life*, bastaba para convertirla en una adquisición memorable), y que ojeábamos y hojeábamos con excitada bibliofilia, en uno extraordinario: tenía ante mí, treinta años después, una de la figuras que hizo parte de la galería de los diferentes en el Envigado de fines de los 50 y los 60 del siglo XX, de aquellos que alcanzaron a elevarse a la estatura de mitos en la fragua de nuestra voraz imaginación y rebeldía juveniles, encendidas en la lectura de decenas de novelas de la mejor narrativa del siglo XIX, en los libros de Fernando González, leídos en secreto, ya que hacerlo abietamente podía cerrarnos las puertas del colegio, y en algunos poetas no bien vistos por los códigos lasallistas como Neruda, García

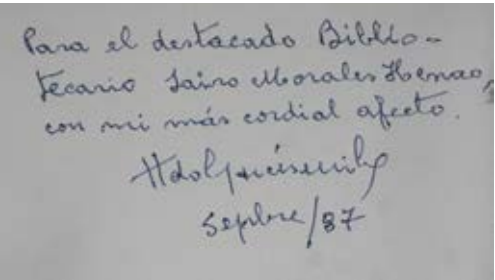
Lorca y Alberto Ángel Montoya, que circulaban dentro de nuestras valijas en los folletos de El arco y la lira, la colección de Jorge Montoya Toro.

Nos regala de a ejemplar de la segunda edición de su único poemario, *El amor junto al llanto*, publicado un mes antes, en agosto de 1987, casi cuarenta años después de la primera (1948), que le patrocinaron entonces *El Concejo Municipal*, *La Puerta del Sol* (bar y salón social para familias, y donde alguna vez, a fines de los 40, cantó Ortiz Tirado), una fábrica de zapatos, un depósito de maderas y materiales de construcción, y dos almacenes, ya desaparecidos, y que todo envigadeño mayor de sesenta años recuerda: Vélez Puerta (almacén y sastrería) y el Almacén Ideal, de don Pastor Garcés, poeta de inspiración aldeana y religiosa, y fundador y director del periódico *Exposición*, en el que colaboraba entonces ocasionalmente el poeta Hernando Garcés Uribe, que nos visitaba en ese momento en la Sala Antioquia.

Comienza a escribir la primera dedicatoria con mano temblorosa (los años, pienso, pero sobre todo el mucho alcohol consumido a lo largo de su vida, aunque sé que hace años ha dejado de beber). Desviamos la mirada para evitarle el bochorno, pretexto nos sobra con los que nos falta aún por identificar en las cajas repletas de libros y revistas. No recuerdo qué dedicatoria estampó en el ejemplar que le entregó a Miguel.

En el mío escribié, discreto y amable: *"Para el destacado bibliotecario Jairo Morales Henao, con mi más cordial afecto. Hdo Garcés Uribe. Sepbre/ 87"*.

Creo darle una satisfacción diciéndole que tenemos un ejemplar de la primera edición. A una señal de Mi-



guel voy a la estantería y se lo traigo. Algo parecido a una sonrisa de agradecimiento pliega sus labios. En esa primera edición la solapa de cubierta trae una foto en la que aparece del pecho hacia arriba, enfocado de manera horizontal, de saco y corbata, tocado de sombrero negro alón y fumando cigarrillo en boquilla. Tiene el rostro inclinado hacia la izquierda, y en él el semblante de quien piensa o recuerda. Y, desde luego, mucho más cercano a mis recuerdos de muchacho que lo fijan de saco y corbata, más de corbatín que de corbata, y siempre con la cabeza al aire.

En ese 1948 tenía veintiséis años, es decir, todos sus sueños lo acompañaban incólumes, a todo vapor su ejercicio magisterial, y la mano

llenando en la noche cuartillas con poemas, crónicas, recuerdos, apuntes humorísticos y de enseñanza del lenguaje, que le publicaban en periódicos y revistas, principalmente del pueblo, haciéndole de esa manera esguince al vacío de la vida. En el anciano frágil y digno que tenía ahora ante mí, no creo que trasegaran más sueños que vivir tranquilo en su casa y las calles de Envigado sus últimos años, dedicado a visitar amigos y lugares sobrevivientes, a recordar, leer, y ante todo, a releer. Dejo de lado mi deseo de removerle su pasado como hombre de tiza y tablero, hablarle de las materias que más nos gustaban con él: español, la ortografía que nos enseñaba con versos (*"Con J se escribe "teje, maneje, orjeto, hereje, dije, jersey"*), la historia, que era como oírle novelas de



Primera edición.



1948.

aventuras (La Campaña Libertadora, los nombres: *Queseras del Medio*, *Lenguazaque*, *Galerazamba*, *Pantano de Vargas*, *el Páramo de Pisba*, *Nevado del Cocuy*), la geografía, clase que comenzaba siempre con el llamado: “*Muchachos, viajemos*” (el mapa que no olvida de La Ruta de la Seda, y los nombres que ponían a soñar con países y ciudades antiguas de minaretes, desiertos con oasis y camellos, y carpas en la noche donde ante el fuego se contaban cuentos: Catay, Puerta de Piedra, Indostán, Mar de Bengala, Persia, Puerta de Jade, Samarcanda, Beirut, La Meca, Medina, Bagdad, Damasco).

No retiraré, pues, el polvo de su faceta de maestro ni de ninguna de las restantes que componen lo que puede llamarse el anverso de su figura pública, la que todos podían registrar

en la vigilia solar como director de escuelas e institutos de enseñanza nocturna para adultos; historiador (miembro de número del Centro de Historia de Envigado, invitado a congresos nacionales de centros de historia), buen orador ocasional en celebraciones patrias y del Día del Idioma; animador de eventos y proyectos cívicos y culturales en el municipio, y colaborador de periódicos como *La Ceiba*, *La Opinión y Expresión*, y de revistas como *Lanzadera*, semanario de Coltejer entre los años 1950 y 1957, durante la época en que lo dirigió el futuro escritor Mario Escobar Velásquez, cuando sin dejar de ser un medio de comunicación empresarial, se transformó en sobresaliente periódico cultural y, sobre todo, literario, de cuyo comité editorial hizo parte, y en cuyas páginas, además de poemas y notas de tipo misceláneo, como la que escribió sobre “Fantasía”, le película de Walt Disney, sostuvo dos columnas, “Aprenda lenguaje”, en la que, como el nombre lo sugiere, se ocupaba de corregir errores frecuentes en el uso de nuestra lengua o recordaba muchas de sus normas, y “Puerta Abierta”, de sesgo humorístico y filosófico, donde con base en citas de anécdotas tomadas de aquí y allá, reflexiona sonreídamente sobre limitaciones de la condición humana; las dos columnas tuvieron mucha acogida entre los miles de obreros y empleados a que estaba dirigido el semanario como primer público,

aunque es sabido que llegó a otros de la vida cultural y literaria.

Pero abrir esa caja de su pasado se tomaría su tiempo, y no lo hay. Para empezar conmigo, como funcionario limitado por horarios y tareas, no dispongo del que requeriría: en esa hora del presente debemos acabar



Segunda edición de *El amor junto al llanto*, casi cuarenta años después de la primera.

de desembalar aquella donación. Y el poeta, en el caso de que le propusiera una entrevista para otra ocasión, con toda seguridad se mostraría renuente, acuciado por una falta de tiempo de otro orden que el de los horarios y obligaciones laborales: del esencial de que habla el poeta Mario de Andrade en aquellos que ya no disponen de muchos años de vida, y que titula *Golosinas*:

Mi alma tiene prisa

Conté mis años y descubrí que tengo menos tiempo para vivir de aquí en

adelante, que el que viví hasta ahora.

Me siento como aquel niño que ganó un paquete de dulces; los primeros los comió con agrado, pero, cuando percibió que quedaban pocos, comenzó a saborearlos profundamente.

Ya no tengo tiempo para reuniones interminables donde se discuten estatutos, normas, protocolos y reglamentos internos

sabiendo que no se va a conseguir nada.

(...)

Quiero la esencia, mi alma tiene prisa... Sin muchos dulces en el paquete.

Lo esencial es lo que hace que la vida vale la pena.

Quiero rodearme de gente que sepa tocar el corazón de las personas...

*Gente a quien los golpes duros
de la vida le enseñaron a crecer
con toques suaves en el alma.*

*Sí..., tengo prisa..., tengo prisa
por vivir con la intensidad que
solo la madurez puede dar.*

*Pretendo no desperdiciar parte
alguna de los dulces que me
quedan...*

*Estoy seguro de que serán más
exquisitos que los que hasta
ahora*

he comido.

(...)

*Tenemos dos vidas y la segunda
comienza cuando te das cuenta
que sólo tienes una.*

Veo alejarse al poeta. **Me conmueve de pronto la sensación muy fuerte de un algo definitivo en ese gesto suyo** de llevarnos su poemario y dedicárnoslo. No regresará a la Sala Antioquia, no tendría un para qué, y aun sin pensar esto, lo sabe. Lleva el aire del que anda despidiéndose de todo. Vive la conciencia de disponer ya de pocos dulces: visitará una y otra vez los amigos de toda la vida en Envigado (se reduce el número de sobrevivientes); las calles del pueblo tantas veces trasegadas (lo visitan con frecuencia aquellos versos de Borges: “De estas calles que ahondan el poniente, / Una habrá (no sé cuál) que he recorrido / Ya por última vez, indiferente / Y sin adivinarlo, sometido /...”); las tiendas, graneros y cantinas que lo han tenido ahí al filo de noches y madrugadas innumerables, en la compañía aleatoria de los ebrios de carrera, la posible de estupendos cantores aficionados como Carlos Emilio Restrepo (quien alguna vez cantara con Ortiz Tirado en La Puerta del Sol), bohemio doblado de cantor y caricaturista, Pajarilla (Guillermo Uribe): “Cantaba mejor mientras más borracho estuviera”, dicen los que lo recuerdan) o Mario Parlante, y como una presencia no menos fiel que la de su música, sus muebles y las fotos enmarcadas de algunos artistas; las afueras que ama, donde las calles se trocan en caminos veredales, y desde donde le gusta sumarse a veces como una cifra más del atardecer que avanza sobre el pueblo.



Calle el Palo, 1974. Fotografía de Gonzalo Santamaría. *Imágenes de Envigado 1860 – 2006*.

Además, comprendí de pronto, con toda claridad, que no era su anverso el verdadero centro de mi interés. Como se ha visto en este cartón, su facie solar era de conocimiento público. Ahora, como entonces, de muchacho, gravitaba hacia su reverso, el lado en la oscuridad de su alma bifronte (Hermes: vigilante nocturno, eco del libro de mitología griega que habíamos leído en la Biblioteca Diego Echavarría de Itagüí), el por fuera de la norma, un mundo disidente que apenas entreveíamos pero que nos atraía poderosamente por estar cargado de enigmas y misterio, y que nos sugería, además de su ya registrada presencia habitual en tiendas

y cantinas, copa de aguardiente en mesa o mostrador, acompañado y más a menudo en soledad, la mirada –miope tras sus gafas siempre un poco deslizadas sobre el puente de la nariz– abstraída en la calle o en el libro que leía de pie. En el tiempo transcurrido desde que se despidió de Miguel Escobar y de mí, la vieja imagen de él que se cristalizó en nuestra muchachez, ha desplazado la reciente del anciano de atildada pero anodina presencia que nos ha visitado. Vuelvo a verlo aproximarse o alejarse por alguna calle de Envigado (Calle el Palo, Calle Talego, Guanteros, por alguna de los barrios el Guáimaro o Rosellón), doblar en una

esquina del Barrio Obrero, trasponer el umbral de una puerta, enfilear por un zaguán. Más alto que bajo, la figura delgada –visto desde lejos, sobre todo en esa luz incierta cuando el día deja de serlo y apenas se encendían las lámparas del alumbrado público pero no aún los bombillos de las fachadas de las casas, llamaba aprensiones como estar a punto de disolverse en el aire, de que un ventarrón fuerte podría arrebatarlo hacia lo alto, o que tal vez levitaría instantes después–, de infaltable corbata o corbatín, gabardina corta en los inviernos, el andar pausado, los sacos imponiendo la impresión de venirle siempre un poco anchos, como si en lugar de pender de un cuerpo lo hicieran de un perchero

(Rendón, Longas o Moreno Clavijo hubieran obtenido una muy buena caricatura de su físico de Quijote sosegado), el humo del cigarrillo de su pipa de boquilla enfatizando su quietud y soledad, su aire soñador o reflexivo. Esa imagen repetida se aunaba entonces con la fama de un oficio poético disidente de la poesía que nos proponían los manuales de español y literatura que seguíamos en los cursos de bachillerato, oficio del que nos llegaban muestras, vía copias en papel carbón de máquina de escribir que alguno se agenciaba con uno de los asistentes a un círculo de poesía que funcionaba en secreto, versos que nos encendían de asombro y entusiasmo:



Carrera Duque Uribe, hoy cra 42. 1975. Fotografía de Guillermo Santamaría. Imágenes de Envigado 1860 – 2006.

*Y recuerdo también, lejana amada,
que un pecado escondían tus ojeras,
y que en el arco de tus dos caderas
se ardía mi deseo en llamada.*

Y:

*recuerdo la lujuria de tu vida
como recuerda la tormenta habida
el marinero cuando llega al puerto.*

Desde que estos versos llegaron a nuestras manos, sobra decir que nuestra curiosidad y admiración por él aumentaron enormemente. Y este adverbio matiza con exactitud lo que fue nuestra reacción por unos versos que constituían una audacia inimaginable en el canon de la poesía de los manuales donde la mujer desde luego se nombraba en lo que se nos daba a leer de Bécquer, Juan Ramón Jiménez o Gregorio Gutiérrez González, pero desde la distancia y delicadeza propia del romanticismo. Alguno lo dijo en el grupo de los muchachos que leíamos más que los demás en el salón, tal vez fue Jorge: en Amado Nervo se encuentran más atrevimientos al mencionar a la mujer, y uno o dos días después leímos algunos poemas que lo confirmaban, pero no como en esos versos de don Hernando, tan próximos a los ardores y el desasosiego que de noche y de día nos cercaban desde hacía un tiempo en la cercanía o el recuerdo de las muchachas. Poco después encontramos en el cuadernillo de El Arco y la Lira dedicado a Neruda,

un lenguaje hermano de aquel del poeta Hernando; impulsados por un descubrimiento que demostraba la existencia de otros caminos en la poesía que nos la acercaban mucho más, nos arriesgamos a leer en clase un poema de aquel cuadernillo, respaldados por la seguridad en la comprensión y discreción (si se filtraba aquella lectura no sería por él) de un profesor secolar de ideas liberales en un colegio de educación religiosa lasallista. Entonces leímos:

*Cuerpo de mujer, blancas
colinas, muslos blancos,
te pareces al mundo en tu actitud
de entrega.*

*Mi cuerpo de labriego
salvaje te socaba
y hace saltar el hijo del fondo de la
tierra.*

Regresamos a casa esa tarde en estado de exaltación íntima abrigados por el recuerdo de nuestra valentía, un gesto de *pública rebeldía poética* que me reivindicaba, y también al salón, de tanto repetir y no preguntar, no discutir, no comparar, no buscar otras posibilidades. Se había descornado una cortina sobre la desnudez de la mujer, de las mujeres, de la mano de los poetas Hernando Garcés Uribe y Pablo Neruda, y de nuestra lectura en el aula.



Otros estratos se fueron agregando para hacérselo cada vez más llamativo y misterioso, y a pesar de que esas capas ofrecían siempre un volumen escaso de datos precisos, o precisamente porque esa insuficiencia disparaba nuestra imaginación a la tarea de soñar las piezas que faltaban y ajustarlas en el lugar que les correspondía. En esa configuración fragmentada irrumpió algún día la leyenda más o menos secreta de su amistad con ebanistas, sastres, zapateros, herreros y otros artesanos a los que hermanaba una bohemia lectora inclinada hacia Nietzsche, los poetas malditos (Baudelaire, Rimbaud, Verlaine), y en general todo autor incluido en el Índice de los condenados por la Iglesia Católica, Víctor Hugo a la cabeza de esos artesanos librepensadores, bibliografía en la que se decía les era sol El triunfo de la muerte (rielaba el decir que se solazaban contándole a quien no lo supiera, que ese libro había sido encontrado en la mesita de noche de Silva, la madrugada de su suicidio), dato al que metamorfoseaba hacia algo más que una lectura el rumor de que algunos de ellos (entre otros, Bernardo Vélez, ebanista; Alfonso

Restrepo, apodado Chutana, ebanista; Vicente Barrera, herrero; Henáito, zapatero; Hernando Arango, Periscol, camionero) acostumbraban deslizarse en las tumbas vacías del cementerio en la compañía de una botella de aguardiente, unos velones que encasquetaban en botellas vacías, a escardar en esas páginas de D'Annunzio o en otro cualquiera de esos autores de que hacían frontera, pistas para orientarse en las preguntas que devoraban sus almas insatisfechas, marginales a las buenas conciencias de las gentes del común.

Esa imagen de leyenda negra fue la órbita en la que el poeta Hernando Garcés Uribe cristalizó entonces para nosotros, el grupo de muchachos lectores en el que me movía. Y esa visita inesperada del poeta a mi lugar de trabajo cuarenta años después, me reveló en las horas siguientes que ninguna entrevista hubiera modificado ni enriquecido de manera sustancial lo hondo que definió su ser poético, el eje de nuestra gravitación alrededor suyo. Todo lo más, podría sí haber ampliado la información sobre su quehacer público, y éste continúa al alcance de la mano en archivos y bibliotecas, a la espera de una necesaria y merecida edición lo más completa posible de sus escritos diversos. Pero la fascinación que ejerció en nuestra juventud no ne-



Terminal del tranvía en la Plaza de Envigado, 1929. Fotógrafo anónimo. Archivo Guillermo Santamaría, *Imágenes de Envigado 1860 – 2006*, pág. 53.

cesitaba conquista territorio inédito. Había que recordar entonces lo que escribió Yourcenar sobre Constantino Cavafy: “... su obra tiene su origen en su vida; ésta, en lo sucesivo, yace por completo en aquélla”.

Lo más indicado, pues, esa noche, era volver a su poesía, no había mejor reencuentro, camino más óptimo para retirar el polvo del tiempo del relicario del corazón donde guardábamos su retrato. Su escasa bibliografía poética, un volumen con dos ediciones, y a pesar de que en la segunda incluye novedades como dos sonetos de inspiración religiosa impensables en el poeta de la primera edición, concesiones de pronto explicables al medio social donde se le editó, el poeta auténtico que fue vive con suficiencia en los poemas más

íntimos, atrevidos e irreverentes, en los menos constreñidos por las normas de la preceptiva. Entre ellos hay uno en el que de manera especial veo al poeta muy de cuerpo entero y en una fase de madurez poética y espiritual avanzada, donde asoma incluso una conciencia sobre su evolución: “Mientras la muerte llega”¹. Es un poema sincero, sentido, vivido. Escrito por necesidad interior, no resultado del ejercicio superfluo, diletante, de hacer versos. Nacido no de la vanidad de figuración literaria sino del dolor. Se le pueden hacer objeciones desde la preceptiva y señalar algún lugar común, sí, pero no poner en duda su conmovedora autenticidad.

¹ El poema lo puede encontrar el lector en las páginas de esta entrega de *Escritos* dedicadas a la poesía.

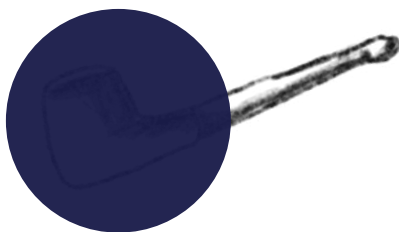


Calle Guaneros. 1972 (Fotógrafo - Gonzalo Santamaría)

Hemos querido exhumar esta poesía porque es un inmejorable autorretrato espiritual, un corte vertical que ofrece una visión muy completa de un hombre y un escritor hecho de dudas y perplejidades, de asombros y rechazos, de escepticismos, de lecturas transgresoras, de preguntas. En estas estrofas son inseparables el drama íntimo del hombre y el del poeta, y es una irremplazable prueba documental de lo que supimos e intuimos en él de muchachos lectores cuando él y nosotros vivíamos la vida a pecho abierto en las mismas calles.

Jairo Morales Henao

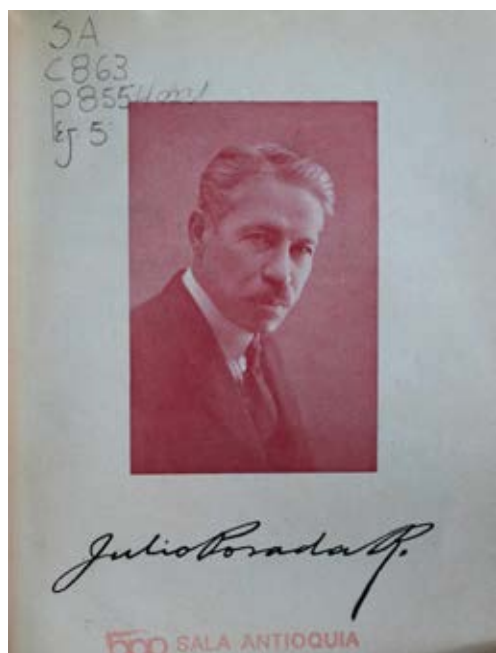
Licenciado en filosofía y letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Director del Taller de Escritores de la Biblioteca Pública Piloto y Editor General de la revista *Escritos desde la Sala*. Publicaciones recientes: *Rodrigo Arenas Betancur, escritor* (opúsculo). Ediciones UNAULA, colección Cuadernos de Cátedra Libre, N°54, 69 p. 2022, y *Cartografías de Taller* (compilación de pensamientos relativos al oficio de escribir literatura). Folleto, 69 p. Ediciones del Taller, 2022



II

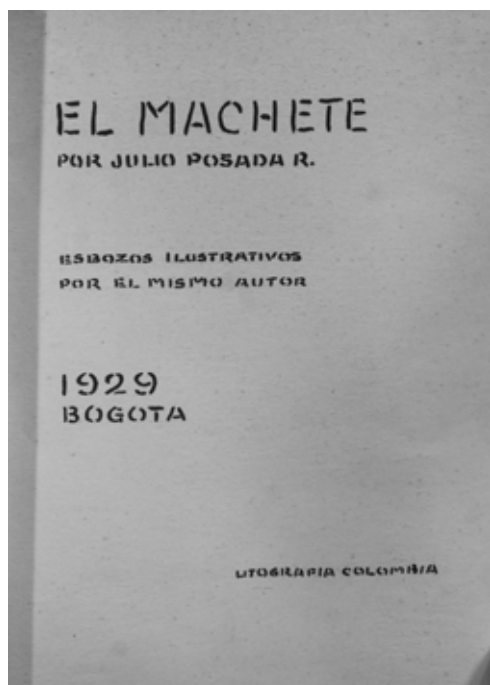
El editor sabueso

El machete y once cuentos



Es múltiple el muestrario de los editores que en el mundo han sido. Ricos y pobres, escritores ellos mismos y no, eruditos y medianías, privados e institucionales, refinados estetas de la edición y simples artesanos eficaces, continuadores e innovadores, conformistas y sabuesos a los que les es camisa de fuerza y hasta indignidad limitarse a reeditar tal y cual lo que plasmaron sus predecesores.

Miguel filó con estos últimos. Sólo que la atonía del medio y la caudalosa producción editorial de las últimas décadas, aun limitándonos a nuestro ámbito regional, impidieron en su momento, y continúan haciéndolo, que este rasgo de su producción, de su temperamento editorial, fuera percibido de inmediato y resaltado como debería con posterioridad.

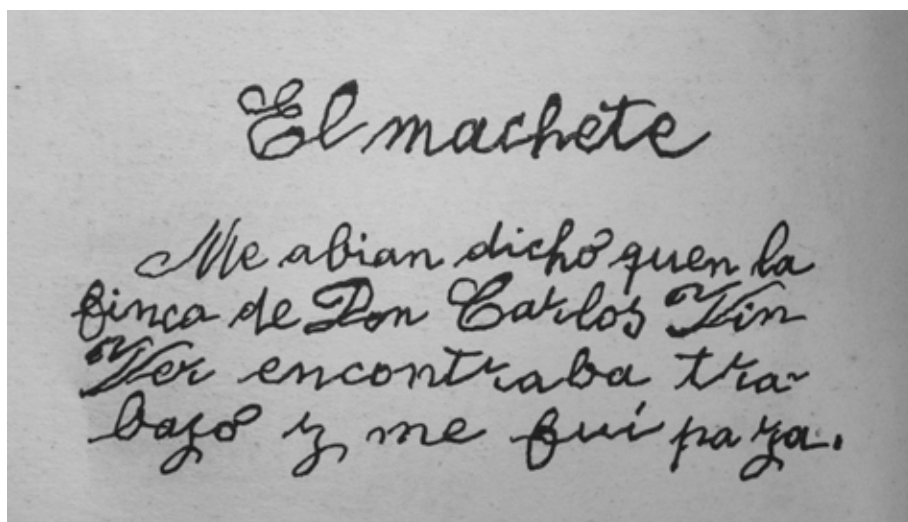


Obra maestra de la cuentística nacional y del arte tipográfico. Revisitamos esta obra, tras 33 años de su más reciente edición en 1989.

En el número 26 de esta publicación, y en la misma columna editorial, nos ocupamos de otro libro editado por Miguel en la Colección BREVE: **Francisco A. Cano: Notas Artísticas**, donde resaltamos los rasgos de la edición que la diferencian en la bibliografía colombiana sobre el tema como un avance notable representado en el rescate de textos olvidados e inéditos, tanto escritos como gráficos, en su novedosa agrupación, y en la historiografía específica para esa edición de lo escrito por diferentes autores sobre la vida y obra de Francisco Antonio Cano, y de los textos de éste sobre el arte colombiano y su propia obra.

Aunque se pueda pensar que, motivado por la amistad y los vínculos laborales que nos acercaron en la vida, es propósito mío reivindicar en esta columna la obra editorial de Miguel, diré que no es así, créase o no. Su trabajo editorial es bastante amplio como para pretender agotarlo, así sea por bloques temáticos o líneas editoriales, y lo dedicado a Miguel en varias entregas de esta publicación ha sido poco, aunque concienzudo. Además, su obra editorial en la Colección Autores Antioqueños tiene un reconocimiento en el medio: nuestro propósito no es este, es el que señalamos: resaltar su rasgo de editor sabueso, de conseguir, por esta condición, de hacer de cada libro editado una realización diferente a las anteriores de la misma obra.

Ha sido el azar de búsquedas paralelas personales, las que me llevaron a las páginas del libro sobre Cano, primero, y ahora a esta edición del libro de los cuentos de José Posada. Y diré, para que se me crea, el origen específico de este nuevo contacto: los dibujos del propio José Posada para la edición príncipe de "El machete", su cuento magistral. Necesitaba mirarlos de nuevo y escoger algunos para la edición en proceso de un texto mío pronto a publicarse por una editorial universitaria.



Tipografía fungiendo la letra primitiva de un peón semianalfabeto,

No nos ocuparemos de “El machete” en cuanto texto literario narrativo. Ya lo hizo Hernando Téllez en su momento, y posteriormente, y en dos oportunidades, Mario Escobar Velásquez (en la Antología comentada del cuento antioqueño, 1986, y en el prólogo que dos años después acuñó para la edición que comentamos). Nada de mérito que agregar de nuestra parte a sus certeras valoraciones e interpretaciones de esa obra maestra de la cuentística nacional y del arte tipográfico de que fue maestro también Julio Posada, y de los que hizo demostración ambidextra en la primera edición: concepción y escritura, y ejecución en su tipografía fungiendo la letra primitiva de un peón semianalfabeto, e ilustrado con dibujos suyos tallados en planchas de piedra (?), imágenes entrañables por su poder evocador de la vida rural antioqueña en los siglos XIX y XX, y específicamente del mundo de los peones.

Lo que queremos resaltar en esta nota, la personalidad del editor sabueso que fue Miguel Escobar Calle, se condensa en las dos primeras páginas de este volumen, tituladas **NOTA DE EDITOR**. Describe el contenido de este Volumen 6 de la Colección **BREVE**: “El Machete”, “que se reproduce semifacsimilar de su edición príncipe y con su correspondiente transcripción tipográfica para facilitar su lectura”, y otros seis cuentos, tomados de la edición del Ministerio de Educación Nacional, de 1946; y los cuentos restantes, del total de doce incluidos por Miguel, habían sido publicados en la **Revista de América**, dirigida por Germán Arciniegas, durante los años 1945, 1946 y 1947. Los cuatro poemas incluidos “se tomaron de la antología **Poemas de Antioquia**, de Francisco Villa López (Medellín, Bedout, 1962) y del periódico **El Herald de Antioquia** (Medellín, octubre 12 y 13 de 1927). Esta pequeña muestra poética se



acompaña con la nota biográfica que escribió Quico Villa como presentación de los versos” (nota estupenda, incluida en esta edición). Editor culto: previamente estaba al tanto de fuentes que particularizarían su edición, y sin olvidarse de conocedores que podrían afilar su búsqueda.

Desde siempre ratón de biblioteca, tuvo en cuenta, desde luego, la presencia de **El Heraldo de Antioquia** en las estanterías de la Sala Antioquia, periódico que se adquirió por mediación suya. Memorioso del dato de la fecha de la edición príncipe de

“El Machete”, 1927 (aunque escrito por lo menos 21 años antes, como lo señala Quico Villa en la nota mencionada, pues fue presentado en 1906 en un concurso donde ni siquiera fue mencionado), olfateó que siendo antioqueño su autor, se podía dar por seguro que aquel año ese periódico medellinense le había dedicados unas páginas a Julio Posada, recordado en Medellín por los tipógrafos como uno de los suyos, y por unos poquísimos lectores y bibliófilos, como autor de **Limalla**, poemario impreso en 1909 en la Tipografía

Industrial. Ese escardar en viejas páginas se vio recompensado con una novedad: la exhumación de unos poemas ya olvidados, que habían salido a la luz veinte años atrás en periódicos de la capital antioqueña y en folletos de escasa circulación (sin embargo, uno de esos poemas, lo cuenta también Quico Villa, y vaya a saberse por cuáles vericuetos del azar, tuvo el reconocimiento muy significativo de ser reproducido por Rubén Darío en **Mundial**, el Magazine Literario del que era director en París) y que debieron ser rapados con prontitud por lectores avezados y bibliófilos que ya existían en ese remoto Medellín de allá por el año mil novecientos diez, que fue el del aparecimiento de Grandeza, la novela de Tomás Carrasquilla, entre otros hechos significativos.

Huyendo de todo facilismo, Miguel no se limitó a realizar estas búsquedas en la Sala Antioquia, donde cumplía su jornada diaria, sino que, entusiasta por antonomasia, en absoluto burócrata rutinario, y **editor sabueso** per se, dirigió sus pasos hacia la Biblioteca de Autores Antioqueños, en la hacienda Fizebad, en El Retiro (Antioquia), en busca de muy probables datos desconocidos que enriquecieran su edición. Asimismo, se asesoró de los conocimientos del bibliófilo Bernardo Montoya, experto en bibliografía antioqueña, cuyas bibliotecas personales dieron origen

a la ya mencionada de Fizebad, y posteriormente, a la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto.

En la fragua de ese vivo y generoso ajetreo intelectual colectivo antioqueño liderado por Miguel, se fundió esta edición de El Machete y once cuentos, en el año 1989. Esta reactualización de la breve pero densa obra narrativa de Julio Posada ocurrió, pues, 43 años después de la editada por el Ministerio de Educación Nacional, pero como lo acabamos de señalar enriquecida con más cuentos y cuatro poemas. Se cumplía así con esa tarea fundamental para toda literatura, de visitar sus hitos fundadores en la forma de editarlos de nuevo para que no desaparezcan de la memoria lectora y, sobre todo, de la conciencia de quienes en cada generación se empeñan en ingresar en ese río que es la escritura creativa de un país o una región. Cada nuevo oficiente latinoamericano desciende de Manco Cápac, pero también de Homero, como anotó Carlos Fuentes. En el caso de los creadores de ficción colombianos contemporáneos, ese criterio los remite al caudal literario narrativo nacional que los precedió, que los hizo como escritores, a sus afluentes constitutivos por el volumen y la calidad de unas obras de autores claves. Para decirlo más claramente, a Carrasquilla, por señalar el árbol mayor, según la imagen a que recurrió José Restrepo Jaramillo para reconocerlo y recono-



cerse él en ella, y también a obras menores en su volumen, pero de un calado no inferior en su originalidad, eficacia, y valores de modernidad perennes como la de Julio Posada. Para todo narrador colombiano en ejercicio, adscribirse desde la lectura a un linaje literario, a la ascendencia de sus mayores, que incluya, por citar una obra contemporánea sobresaliente, a Saramago, pero no a nuestro escritor de Anorí (Antioquia), es hablar de un desarraigo, es decir, se delata como insuficiente, mítica de una raíz imprescindible, porque el mundo histórico del que hace parte como hombre, el colombiano, y en el caso que nos ocupa, el antioqueño, corre por su pasado familiar y de lugar con elementos que la historia ha transformado pero en los que se

conservan núcleos culturales que perviven como constantes de identidad en los que nos reconocemos. Y para limitarnos a valores estrictamente literarios que en “El machete” manifiestan una señal de identidad en la literatura antioqueña y también latinoamericana, podemos resaltar unos de los lugares donde nuestra narrativa ha encontrado una fuente de vitalidad particular y a la vez diferenciadora: el lenguaje coloquial, veta poderosa en la obra de creadores como Tomás Carrasquilla, Francisco de Paula Rendón, y más contemporáneamente, de Jaime Espinel, Helí Ramírez y Magnolia Hoyos, por citar casos sobresalientes. Desde luego que hablamos de lo coloquial reelaborado literariamente, de algo más que transcribir el lenguaje hablado como lo consigue una grabadora.

Y de esos casos sobresalientes, “El machete” ocupa un lugar único puesto que el lenguaje hablado ahí pasa de ser representado en el habla de personajes creados por el escritor y publicado obviamente en tipos de imprenta, a grafía, a representación escrita de los sonidos como lo haría un peón semianalfabeto, a grafía ficticia, a una recreación escritural de lo coloquial. Algo único en la literatura colombiana y no repetible: volverlo a hacer sería, de facto, plagio. Por eso las ediciones que reproducen de manera facsimilar el texto tal y cual se imprimió originalmente, se ven obligadas a reproducirlo simultánea-

mente en letra impresa para facilitar su legibilidad. Obra de arte tipográfica (grabador y tipógrafo fueron los oficios de la vida de Julio Posada), fue paralelamente, en su concepción literaria, rasgo de originalidad logrado: darle espacio en la literatura ya no solo al habla del pueblo semianalfabeto, sino simultáneamente a su precaria forma de escribir de quienes apenas sabían entender medianamente la letra impresa.

Ante la alianza entre la desmemoria y el culto a la actualidad en el mundo literario, las reediciones de textos fundadores de nuestra narrativa nacional y regional representan siempre un acierto oportuno: redimirlos a la consideración lectora, en brega desigual con los dos elementos reaccionarios señalados y con la escasez de ejemplares cuando las ediciones se agotan y debe recurrirse a las bibliotecas institucionales, tanto públicas como privadas para leer o releer esas obras condenadas a una vida intermitente entre el desván del olvido y sus irrupciones ocasionales en la luz de la consideración lectora.

Y esta vigorosa redención editorial de “El machete” y restante obra narrativa de Julio Posada cumplida por Miguel Escobar Calle, ajusta ya ¡33 años! Y que sepamos, por lo menos entre nosotros, no ha vuelto a publicarse. Decir que ya es hora de que esto ocurra, es una ñoñez por lo obvio, y también para redimir al mismo Miguel de un error en la edi-

ción que comentamos, error notorio, grande, y que nos abruma por estar tan en contradicción con la clase de editor que era Miguel, y que hemos ponderado en esta nota y también en la que le dedicamos en Escritos 26. El índice es un desastre de imprecisiones (de la página 21 en adelante nada en él se corresponde con la página en que realmente comienza el texto anunciado) y hasta de vacíos (anuncia unos poemas para la página 283 que no aparecen ni en ésta ni en ninguna otra página).

¿Qué pudo ocurrir? Imposible que en la revisión final se le haya pasado por alto a Miguel semejante inconsistencia, o que, de haber ocurrido lo contrario, alguien de su equipo de trabajo, o algún allegado, no se lo haya dicho. La única explicación plausible es que presionado por la fecha de entrega y presentación del libro, que era compromiso oficial y público —siempre se editaban varias obras en cada entrega de la colección AUTORES ANTIOQUEÑOS, de la cual se desprendió la rama que Miguel bautizó Colección Breve—, asumió el costo histórico de ese error: lo decisivo se había alcanzado: exponerlo otra vez a la luz de la consideración lectora redimido de su légamo de olvido, palpitante de novedad literaria y algo de la artesanal que tuvo en su aparición primera, impresa en la Litografía Colombia, de Bogotá, en 1927, 62 años antes de



Ante la alianza entre desmemoria y culto a la actualidad, son un acierto las reediciones de textos fundadores de nuestra narrativa. La edición de Miguel Escobar Calle, 1989.

esta que reseñamos en la Colección Breve. Una esperada reedición sería la oportunidad para redimirla también –limitaciones del presupuesto con el que trabajaba Miguel– de su lamentable encuadernación con goma: hoy, 32 años después, las hojas se desprenden con solo pasar sus páginas.

Julio Posada. *El machete y once cuentos*. Ediciones Autores Antioqueños, Colección Breve, volumen 6. Editor Miguel Escobar Calle. Medellín, 1989¹

1 El artista Luis Fernando Peláez, diseñador de esta colección Breve, como ya lo anotamos en Escritos 26, tuvo una ocurrencia muy ingeniosa al concebir la cubierta de este libro. El lector puede ver cómo la última sílaba de la palabra “machete” cuelga “de un pingajo” del cuerpo de las dos primeras sílabas, que conservan la vertical, como si un machetazo eficaz la hubiera cercenado de ellas.